

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SERVICIOS DE INFORMACION

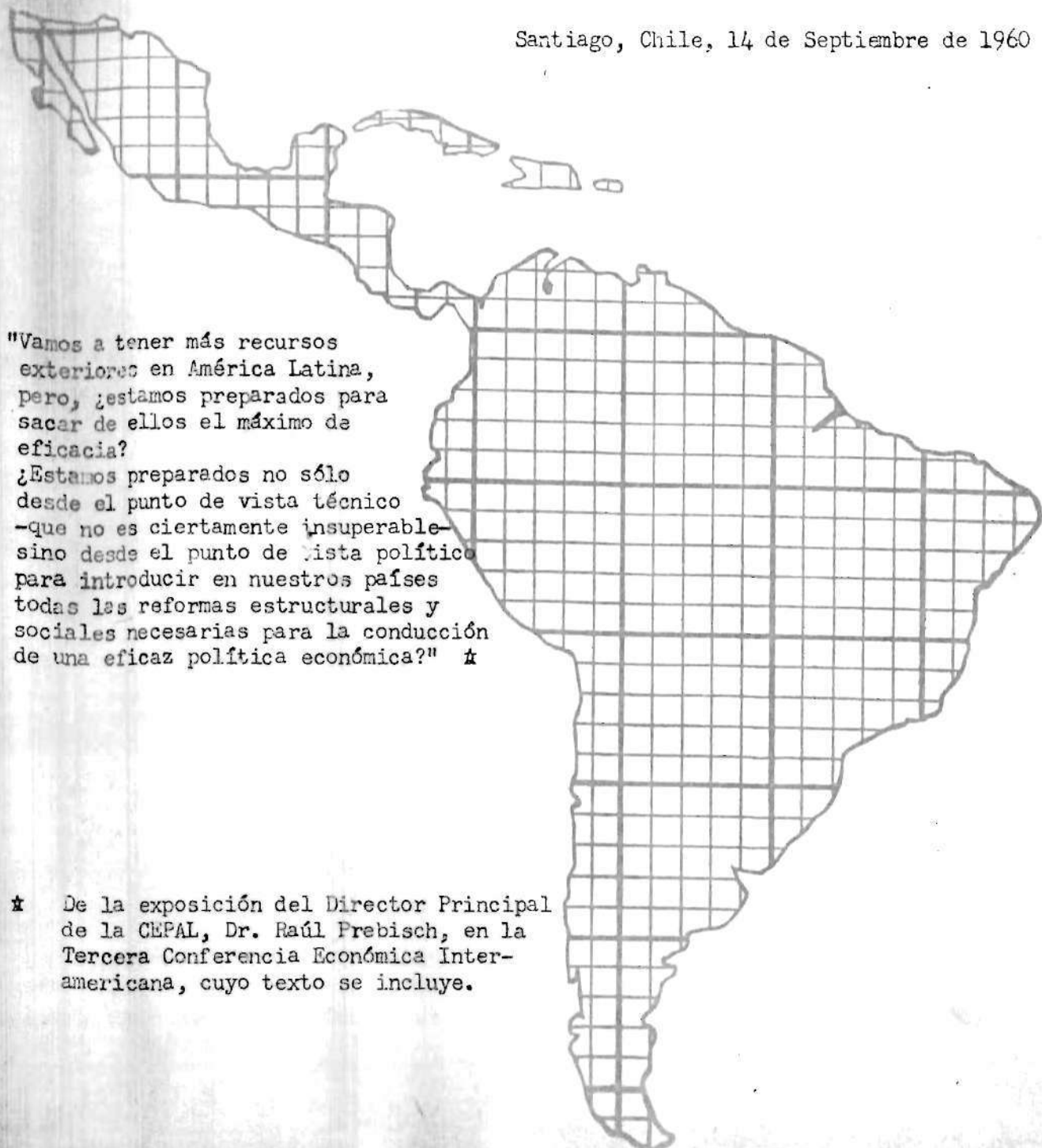
AV. FREYRIER 871. SANTIAGO, CHILE
CABLE: NATIONS, SANTIAGO, CASILLA 179 D



NACIONES UNIDAS

(Para uso informativo; no es un documento oficial)

Santiago, Chile, 14 de Septiembre de 1960



"Vamos a tener más recursos
exteriores en América Latina,
pero, ¿estamos preparados para
sacar de ellos el máximo de
eficacia?
¿Estamos preparados no sólo
desde el punto de vista técnico
—que no es ciertamente insuperable—
sino desde el punto de vista político
para introducir en nuestros países
todas las reformas estructurales y
sociales necesarias para la conducción
de una eficaz política económica?" *

* De la exposición del Director Principal
de la CEPAL, Dr. Raúl Prebisch, en la
Tercera Conferencia Económica Inter-
americana, cuyo texto se incluye.

EXPOSICION DEL DOCTOR RAUL PREBISCH, REPRESENTANTE DEL SECRETARIO
GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS Y DIRECTOR PRINCIPAL DE LA CEPAL,
EN LA REUNION PLENARIA DEL " COMITE DE LOS 21 " CELEBRADA EL DIA
8 DE SEPTIEMBRE DE 1960, EN BOGOTA

El Secretario General de las Naciones Unidas me ha designado para representarle en esta Comisión en mi calidad de Subsecretario encargado de los asuntos de la CEPAL, y en esa calidad me propongo hacer algunas consideraciones acerca de los problemas que se debaten en el seno de este organismo.

Dije hace algunos meses en una reunión de la CEPAL que no andaba bien América Latina, y hace tres días todas las preocupaciones que nos han venido surgiendo en el curso de nuestra observación de la vida de los países latinoamericanos se vieron confirmadas en el cuadro magistral que el señor Presidente de Colombia, doctor Lleras Camargo, nos ha trazado de los problemas del desarrollo económico y de su significación política y social. Estas preocupaciones, por lo demás, dieron lugar a la grandiosa concepción del Presidente Kubitschek, cuyos frutos estamos hoy percibiendo. En esta asamblea se han recordado cifras que demuestran el debilitamiento dinámico de América Latina. Van ya cinco años en que el producto por habitante apenas crece algo más que la población. Se ha dicho aquí también, - y con mucha razón - que en lugar de estrecharse se está ampliando la diferencia ya muy grande entre el ingreso de nuestros países y el de los centros más avanzados. Yo agregaría un hecho más inquietante aún: también se está agrandando la diferencia entre los grupos de bajos ingresos y los grupos de altos ingresos en la propia América Latina. En unos casos, porque se ha crecido poco; en otros, porque el ritmo de crecimiento ha sido intenso y sin embargo han quedado atrás esos grupos de bajos ingresos. No nos extrañe entonces que en estos momentos estemos presenciando el afloramiento de viejas tensiones económicas y sociales, que han adquirido notoria expresión en acontecimientos recientes.

La iniciativa privada

En la Secretaría de la CEPAL hemos llegado a la conclusión de que, en la forma en que está funcionando en América Latina el sistema de iniciativa privada,

no está preparado aún para responder al formidable desafío de otros métodos de desarrollo económico que, no obstante su ingente costo político y social, se están traduciendo en altas tasas de desarrollo que cautivan a América Latina y principalmente a las nuevas generaciones.

Estoy plenamente persuadido - y es ésta una convicción muy honda - de la enorme potencialidad del sistema de la iniciativa privada en América Latina, pero ¿por qué nos muestra este debilitamiento dinámico? ¿Cuáles son los factores que no obstante la enormidad de los recursos naturales y la aptitud de nuestra población están retardando el ritmo de crecimiento? Hay, desde luego, una conjugación de factores adversos que corresponden, por un lado, a la política de cooperación económica y técnica y, por otro, al hecho manifiesto de que América Latina no ha sabido aún introducir en la forma de producir y en la estructura de su economía las transformaciones que son indispensables al desarrollo.

La población y la productividad

Mientras es manifiesto este debilitamiento, la población - como se ha señalado en estas sesiones - crece a un ritmo que jamás se ha presentado en la historia del proceso de la industrialización. Nuestros países tienen que avanzar su industrialización junto a ese crecimiento explosivo de la población, que arrojará en el próximo cuarto de siglo una incorporación de 90 millones de personas a la fuerza de trabajo de América Latina en su conjunto. De esos 90 millones, 25 van a sustituir a los que desaparecen y se retiran, y 65 millones son hombres adicionales que se van a incorporar a la actividad productiva, y no a la estructura productiva de hoy, sino a nuevas formas de producción. Se requerirá un proceso ingente de acumulación de capital y una transferencia masiva de la técnica moderna, un verdadero salto tecnológico, para que esos 90 millones de seres que se incorporan a la actividad económica produzcan a un nivel de eficiencia y con un nivel de ingreso muy superiores a los que hoy tenemos.

El capital exterior y el planeamiento de las inversiones

Todos reconocen, sin excepción, que ha sido insuficiente la cuantía de capital exterior de que ha dispuesto América Latina. No podrá con ella responderse al desafío de aquellos otros métodos de desarrollo económico. Ese desafío ha sido recogido aquí - en esta asamblea - con decisión y con firmeza y, más aún, se nos ha desplegado una nueva visión del problema, tendiente a

que esa escasez de capital exterior sea prontamente remediada. Con aliento profundo he escuchado aquí palabras que nos presentan nuevas posibilidades, que abren nuevos rumbos de acción en América Latina. Se van a destinar sumas cuantiosas, no solamente hoy sino mañana, a los problemas sociales latinoamericanos y al capital social. Así se nos dice y seguramente -- lo espero con vehemencia -- esto será acompañado de sumas también cuantiosas para resolver los problemas de capitalización económica en una eficaz confluencia con los fondos destinados al desarrollo social.

Tengo la más viva esperanza de que con este cambio de la cooperación internacional pueda llegarse a programas de conjunto para América Latina tanto desde el punto de vista de la aportación financiera como de la tecnológica.

Otro rasgo que no podría dejar de señalar es que con esta nueva iniciativa podrá resolverse la vieja cuestión del gasto en moneda local. Se había estado siguiendo un camino que no correspondía a la realidad latinoamericana; cercenar arbitrariamente las inversiones en proyectos y establecer para cada proyecto obligaciones de inversión local que no siempre podían cubrirse. Creo que con esta decisión de contribuir al gasto local podrá resolverse un serio problema y podrá colaborar con los gobiernos que están tratando de frenar el proceso de inflación. Más aún, aceptada como ha sido en buena hora la idea de la necesidad ineludible del planeamiento económico en nuestros países, una vez que cada país determine su necesidad global de capital, y que dentro de esa necesidad global establezca lo que podrá satisfacer con su propio esfuerzo -- y deseo que sea mucho --, quedará el resto para cubrirse por la aportación extranjera. Es un problema que sólo podrá resolverse adecuadamente en esa forma global, porque de lo contrario o habrá carencia de moneda extranjera, o habrá exceso de ella, como ha insinuado Don Felipe Herrera en su disertación. Creo que el planeamiento de las inversiones es el único camino adecuado para solucionar esta cuestión.

El Banco Interamericano

Otro hecho digno de destacar es la juiciosa resolución de confiar al Banco Interamericano la administración de estos recursos destinados a inversiones sociales. Acaso se siga el mismo criterio cuando se aumente la cuantía de los que se destinen al desarrollo económico. Señalo la importancia de esta decisión. Todos estábamos preocupados por la parvedad de los recursos con que surgió el Banco Interamericano. Ahora tendrá más, sin verse forzado a salir al mercado

financiero a buscarlos, o al menos con la intensidad que en otra forma pudo haber necesitado hacerlo. Este es un hecho de mucha significación, significación que me trae a la mente la experiencia del Banco de Exportaciones e Importaciones, que ha cumplido una excelente tarea para América Latina, pero limitada por sus recursos. Me he preguntado muchas veces si él habría podido contribuir notablemente al desarrollo de la industria siderúrgica y de otras industrias si hubiera tenido que acudir a buscar recursos a un mercado privado de capitales que no siempre ha sido sensible a este tipo de iniciativas.

Ya que hablo del Banco Interamericano quisiera decir a don Felipe Herrera, y a los otros hombres capaces y experimentados que van a colaborar con él, que desearía que la nueva institución no se deje dominar por aquel sentido inhibitorio que a veces traba la acción de las empresas públicas en el orden nacional. Creo que esas empresas públicas son indispensables en ciertos sectores, como lo son también en el orden internacional en casos como éste. Me temo - decía - que ese sentido inhibitorio pueda frenar la capacidad de iniciativa del Banco e impedir que se desarrolle en él ese fuerte sentido de promoción económica que requiere América Latina. Espero, pues, que el Banco Interamericano se caracterice por una gran aptitud de iniciativa que le lleve, no a esperar pasivamente que se le presenten proyectos ni a examinar los defectos que esos proyectos tengan, sino, por el contrario, a venir a nuestros países y, si no hay proyectos en ellos, ayudar a descubrirlos y formularlos, ayudar a transformar los planes inconexos en un programa verdadero de desarrollo. Don Felipe Herrera: ojalá en poco tiempo demuestren ustedes su aptitud para llevar a cabo esa tarea, pues me consta la enorme convicción con que la han afrontado.

Ante los nuevos recursos

Vamos a tener más recursos exteriores en América Latina, pero ¿estamos preparados para sacar de ellos el máximo de eficacia? ¿Estamos preparados no sólo desde el punto de vista técnico - que no es ciertamente insuperable -, sino desde el punto de vista político para introducir en nuestros países todas las reformas estructurales y sociales necesarias para la conducción de una eficaz política económica? ¿No corremos el riesgo de que estos recursos destinados al desarrollo social se dediquen simplemente a aplacar efervescencias, sin ir al fondo de los problemas que están impidiendo el desarrollo económico de América Latina?

Siento en estos momentos un profundo deber de conciencia, deber de conciencia que seguramente sienten todos los que han estado estudiando estos problemas y se preocupan por ellos tal vez hasta la inquietud. No creo que América Latina - aun con el atenuante de la escasa cuantía de cooperación exterior - haya hecho todo lo que pudo haber hecho para resolver sus problemas. Dije antes que 90 millones de personas se van a incorporar a la actividad productiva y que necesitan un alto nivel tecnológico. Hay en América Latina más de un 40 por ciento de analfabetos y la duración media de asistencia a la escuela primaria es de un año. Y en este examen de conciencia yo me pregunto: ¿es que acaso América Latina necesitaba capital y técnica exterior para resolver un problema como éste? ¿No pudo haberlo resuelto con su propio esfuerzo? No lograremos elevar el nivel tecnológico de esas masas que van a incorporarse a la actividad productiva si no se ataca con gran decisión este problema del analfabetismo para encontrarle solución en un corto número de años. Es necesario que nos planteemos con ruda franqueza estas cuestiones en los momentos en que se presenta esta oportunidad para transformarnos a fondo.

Las reformas fiscales y tributarias

En materia de capitalización se ha dicho aquí con acierto - y era hora de decirlo - que hay que renovar los sistemas fiscales en América Latina; hay que renovarlos para capitalizar más y para atenuar las inquietantes diferencias sociales de nuestro medio. No cerremos los ojos. Es manifiesta, es notoria en América Latina la disparidad creciente en materia distributiva. La vemos en diversas manifestaciones. Los grupos de altos ingresos suelen vivir mucho mejor que los de altos ingresos de los centros más avanzados, porque a las ventajas tradicionales de sus formas de existencia agregan todas las nuevas ventajas de la técnica moderna.

No es sólo por la vía impositiva como podrá afrontarse este asunto; pero esa vía impositiva es uno de los instrumentos más importantes, pues permite alentar la inversión, sea pública o privada, a expensas del consumo exagerado de los grupos de altos ingresos. No se trata solamente de reformar sobre el papel el sistema tributario; hay algunos sistemas tributarios satisfactorios en América Latina, pero no siempre se aplican con la eficacia deseable. He conversado en días pasados en una de nuestras repúblicas con un funcionario que conoce a fondo el mecanismo tributario, y me dijo que en su país, donde antes no existía gran evasión tributaria, hay un 50 por ciento de evasión en el

impuesto de los réditos.

Este no es ahora un fenómeno aislado, sino general en América Latina. No sólo se trata de deficientes sistemas tributarios desde el punto de vista económico y social, sino de una mala aplicación. Tampoco necesitamos ayuda ni capital extranjeros para resolver esta cuestión fundamental. Y hay que hacerlo, porque para mí el problema cardinal del desarrollo económico está en elevar la tasa de capitalización, y - todos lo sabemos - buena parte del capital exterior que se nos va a ofrecer ahora se malograría si al aplicarlo no tomáramos medidas muy serias a través del sistema tributario - y de otras medidas de estímulo a la capitalización - para aumentar persistentemente el coeficiente de ahorro nacional hasta el punto de que el capital extranjero ya no sea indispensable - aunque pueda seguir siendo conveniente - para el salto tecnológico que tiene que dar América Latina.

La inflación

Nos encontramos ante un planteamiento frente al que se va a necesitar una enorme determinación y acaso una enorme audacia política; y no estaremos exentos al enfrentarlo del riesgo de la inflación, de esa tremenda iniquidad de la inflación, que afortunadamente se está tratando de contener y sofocar en estos momentos. Seré yo el último en negar la influencia considerable de los factores estructurales en la inflación latinoamericana. En efecto, no siempre se trata de mala conducta financiera o bancaria. Hay profundos factores estructurales que han conducido con frecuencia a la inflación, pero tampoco cabría negar que frente a esos obstáculos estructurales del desarrollo se ha seguido la vía más fácil que es precisamente la vía inflacionaria por no tener determinación ni clarividencia para atacar esos factores estructurales que la han traído consigo. ¿Y qué es lo que se ha obtenido con la inflación? ¿Acaso hemos acelerado con ella el desarrollo económico? ¿Acaso no hemos ilusionado a las masas con ventajas que en seguida les eran arrebatadas por las consecuencias de la misma inflación cuando se han querido corregir las disparidades distributivas mediante ella? ¿Acaso no hemos visto burladas muchas conquistas sociales en América Latina por la inflación?

No siempre con gran sentido de la responsabilidad, hemos caído en sistemas de seguridad social que significan un costo acaso desproporcionado con las posibilidades reales de la economía, y no hemos tenido la determinación de acudir - en la medida limitada que era posible - a las únicas fuentes de las

cuales pudo haber salido el recurso para esa seguridad social. No es de extrañar entonces que buena parte de las conquistas sociales logradas se hayan disipado con la inflación y en última instancia se hayan pagado a expensas del consumo de los mismos grupos sociales a los cuales se quería beneficiar.

El problema de la tierra

Hay otro problema secular sin cuya solución de fondo tampoco lograremos nuestro propósito de acelerar la tasa de desarrollo económico. Se ha mencionado aquí la cuestión de la tierra. Es cierto que la solución a fondo de ese problema va a requerir también el capital de afuera y la técnica de afuera; pero no sería exagerado decir que si América Latina hubiera acudido al impuesto sobre el valor potencial de la tierra para estimular su uso productivo - como aconsejaron de mucho tiempo atrás hombres preclaros - posiblemente no nos encontraríamos hoy con el escollo de una producción de alimentos que va muy despacio en relación con las necesidades de la población. Sé que en todo esto podría surgir en seguida la objeción de que tal o cual país ha sabido afrontar el problema, y así es. Si generalizo es porque quiero destacar problemas de conjunto, pero en forma alguna, ni en éste ni en otros aspectos, quisiera desconocer injustamente lo que ha sabido hacerse bien en América Latina. Señalo la intensidad de estos males porque creo que hay que hacerlo en estos momentos.

La fluctuación exterior

En nuestros análisis de los males económicos de América Latina nos referimos siempre a la fluctuación exterior, grave problema que va a requerir mucha imaginación. Como va a requerir mucha imaginación y determinación muy grande el ataque del problema que con justicia se ha traído aquí de la relación de precios del intercambio. Esa inestabilidad exterior es causa de muchos desajustes. Me atrevería a afirmar que con una política previsora hubiéramos podido atenuar la repercusión de esas fluctuaciones externas, pero sólo en casos excepcionales hemos visto en América Latina gobiernos dispuestos a tomar esas medidas previsoras para atenuar las consecuencias internas de ese fenómeno. Y eso podíamos haberlo hecho y estamos en condiciones de hacerlo.

La industrialización

El proceso de industrialización tendrá que acelerarse en América Latina y acelerarse a un ritmo muy marcado para ir aliviando nuestros problemas de desarrollo, y tampoco quiero ocultar en este campo ciertas preocupaciones. Nadie podrá atribuir a la CEPAL carecer de convicciones en materia de industrialización. Las tenemos y en forma muy profunda; pero vemos cada vez

con más claridad que hay ciertos aspectos en que la industrialización es excesivamente costosa. En razón de las circunstancias que promovieron su creación - guerras, depresión mundial -, la industria ha tenido que improvisarse. Y se ha improvisado sin planes, rodeándola en algunos casos de una protección a todas luces excesiva, o de prohibiciones que han ido sofocando el espíritu de competencia, que no han dado acicates para aumentar su eficiencia en beneficio del consumidor. No olvidemos que iniciativa privada no es solamente hacer las cosas sin interferencias, sino también hacerlas dentro del cuadro de la concurrencia. Iniciativa y libre competencia son dos aspectos del mismo problema fundamental, y si esos dos aspectos van disociados el sistema económico no andará bien.

El mercado común y la zona de libre comercio

Uno de los grandes objetivos del mercado común será precisamente ir introduciendo ese elemento vivificante de la competencia en la industrialización latinoamericana para hacerla mejor y para acelerarla mediante una adecuada distribución de los mercados y proporcionando estímulos que lleven a la utilización óptima de los factores productivos.

Cuando planteo estos interrogantes sería injusto si no recordara que hay fuerzas constructivas entre nosotros que están actuando vivamente porque están persuadidas de la necesidad de cambiar las formas de producir y de comerciar. ¿Acaso no se ha constituido - antes de lo que muchos escépticos creían - una zona de libre comercio que será indudablemente objeto de extensión cada vez mayor, hasta abarcar América Latina? Pues bien, aunque esto es algo muy nuestro, tendrá que encuadrarse dentro de normas internacionales que en buena hora existen. Y quisiera, de paso, expresar alguna duda y algún deseo.

Por desgracia, ni la fórmula de mercado común ni la fórmula de la zona de libre comercio han sido objeto de revelación divina, y no sabemos cómo se quiere que se haga ésto desde lo alto. Por lo tanto, ha quedado esa fórmula relegada a la imaginación de los hombres, y sucede que los hombres que estamos trabajando en estas latitudes no siempre coincidimos con los que están trabajando en otras. No nos encerremos, pues, en una urdimbre dogmática que podría en ciertos casos trabar la libertad de iniciativas y de movimientos que necesita América Latina para encontrar soluciones propias a sus problemas de intercambio. Tengo el deseo y la esperanza de que en las próximas sesiones del GATT muchos de nuestros puntos de vista - que tal vez difieran de puntos de vista consagrados en esta materia - encuentren una adecuada comprensión que permita ensayar esta experiencia

grandiosa de la zona de libre comercio que llevará al mercado común latinoamericano con el andar del tiempo, si hay decisión y clarividencia para hacerlo.

La lucha contra la inflación

He dicho hace un momento que veía esperanzado la determinación de varios gobiernos latinoamericanos para combatir la inflación. No sólo veo con esperanza sino con profunda simpatía esos actos de enorme coraje político que algunos hombres de estado han tomado sobre sí en América Latina, cargando injustamente con la responsabilidad de la irresponsabilidad de otros que les precedieron al luchar contra el problema de la inflación. Creo que la estabilidad monetaria es esencial para el desarrollo económico, pero abrigo algunas inquietudes acerca de la forma en que se está obteniendo en algunos casos, así como en lo que respecta a la estrecha interpretación que se da a esa estabilidad.

Veo así, y con honda inquietud, que este tan loable propósito de llegar a la estabilidad monetaria ha coincidido o, por el tipo de medidas adoptadas, ha traído consigo una contracción de la economía, un descenso del ingreso de las masas populares, precisamente en aquellos países que no están en condiciones de afrontar un fenómeno de esa naturaleza. En efecto, si esa contracción preocupa cuando ocurre o amenaza ocurrir en los grandes países ¿cómo no va a preocupar en los nuestros en que es muy poco el margen para descender? Una de las razones de la inflación es la falta de capital, es el deseo de hacer capital con crédito bancario, y al contraer el ingreso de la colectividad con la restricción crediticia se achican todavía más las posibilidades de capitalizar internamente.

No es el momento de hacer un análisis de la política anti-inflacionaria, pero creo que hubiera podido conseguirse la estabilidad sin este costo social con consecuencias políticas deplorables, si hubiéramos podido insertar la política monetaria dentro del cuadro general de la política económica de un país, y no considerarla aisladamente. Para hacer esta inserción, esa política monetaria debió combinarse con una política fiscal adecuada que fuera sustituyendo gradualmente las inversiones inflacionarias con inversiones hechas con ahorro genuino, y se hubiera requerido, sobre todo, la simultaneidad de inversiones exteriores que contrarrestasen los efectos adversos que tiene la política de restricción crediticia sobre la ocupación y el ingreso. Creo que lo que ha faltado y sigue faltando a la política de estabilización en América Latina es esa conjunción de políticas, esa estricta correlación y simultaneidad de la política monetaria

con la política fiscal y de inversiones extranjeras dentro del cuadro de la política de desarrollo económico de nuestros países.

Intervención del estado

Todo esto necesita la intervención firme del estado. El estado tiene que proponerse objetivos claros y asequibles en su política económica y para conseguirlos tiene que intervenir. Hay a veces grandes resistencias en América Latina a la intervención estatal y al planeamiento de la economía. Gran parte de esa resistencia es perfectamente explicable y justificada, porque hemos estado acostumbrados a tipos de intervención perversa en la vida económica que han trastornado el sistema económico, que lo han dislocado con controles de precios y de cambios, impuestos muchas veces por una dura realidad, pero que quizá se han prolongado excesivamente. Es ese el tipo de intervención anacrónica que justifica parte de la oposición señalada, pero no toda. Y quiero decir esto para que en los países industrialmente más avanzados y fuera de los límites de América Latina se comprenda el porqué de otras determinadas resistencias en nuestros países a la intervención estatal, resistencias que son inadmisibles si pretendemos acelerar el ritmo de desarrollo económico. Trátase de resistencias a la intervención del estado porque ello significa manejar el sistema tributario a fin de corregir desigualdades gradualmente, para conseguir claros efectos de capitalización, o para resolver el problema de la tierra. Podría enumerar así muchos casos en que el problema de esa intervención se presenta en nuestros países bajo una luz que no es claramente comprensible fuera de ellos.

El capitalismo y sus "formas"

Un eminente colombiano me decía últimamente que al conversar con una gran personalidad de los Estados Unidos le hacía ver cómo el sentido de capitalismo no siempre coincide en América Latina con la significación que tiene en los grandes países avanzados. En efecto - agregaba mi interlocutor - hay ciertas formas regresivas de capitalismo en América Latina que son las que explican aparentes actitudes anticapitalistas. Esas formas regresivas nada tienen que ver con las formas de capitalismo, no solamente técnicamente avanzado sino socialmente avanzado, de los grandes países. En el fondo, nuestro gran problema es llegar en América Latina a esas formas de capitalismo eficiente y socialmente avanzado. ¿Cómo lograrlo? He ahí uno de los propósitos fundamentales de un programa de cooperación y de transformaciones internas. Y en este sentido, quiero expresar una convicción que ya he manifestado otras veces y que ha llevad

a algunos a pensar que yo no veía favorablemente la colaboración del capital privado extranjero en América Latina. Grave error. Creo que tiene un papel muy útil y muy eficaz en el desarrollo económico, sobre todo en ciertos sectores de la economía.

La tecnología y el empresario latinoamericano

En aquellos métodos de desarrollo económico que tanto interés están despertando en América Latina, especialmente en las nuevas generaciones, no son sólo las altas tasas de crecimiento y la rapidez del proceso de industrialización lo que seduce, sino también una noción a la cual atribuyo enorme importancia económica, sociológica y política. Esta noción es la de que se puede penetrar en los pueblos menos desarrollados, cualquiera que sea el primitivismo de su técnica con el concepto de que les será posible asimilar la técnica moderna en un período relativamente breve, si hay un esfuerzo sistemático para hacerlo. Con esa noción se introduce la idea de que no hay limitación alguna; de que no hay nada que no se pueda hacer; de que no hay recursos naturales - como el petróleo u otros cualesquiera - que no puedan explotarse por los hombres de un país subdesarrollado si se les proporciona la técnica y el capital necesario. En resumen: que no hay industria o actividad del ingenio humano que no pueda prosperar con el andar del tiempo si se orienta el esfuerzo de colaboración económica y de técnica internacional, si se desarrollan las fuerzas vitales de cada país. Pues bien, una de las grandes fuerzas vitales de América Latina que habrá que desarrollar si se ha de desenvolver, afianzar y consolidar el sistema de la iniciativa privada son el empresario y el técnico latinoamericano. Creo que en una política de cooperación internacional y de transformación de la economía es fundamental dar al empresario latinoamericano los medios necesarios en capital y técnica para romper el complejo de inferioridad que le aqueja frente al empresario extranjero. ¿Por qué las inversiones de capital norteamericano en el ámbito del mercado común no aparejan en Europa ningún ser o problema psicológico ni político? Porque la competencia es entre iguales, porque el empresario europeo - en parte por la propia ayuda de los Estados Unidos con el Plan Marshall - ha adquirido una técnica comparable a la del empresario norteamericano, y puede por lo tanto hacerle frente en el sano proceso de la competencia. Pero si fuera débil, si tuviera ese sentido de inferioridad económica y técnica ¿no se suscitaría un problema psicológico y político? ¿Acaso

en la vida social los débiles están en condiciones de cooperar? ¿No corren el riesgo de someterse, subordinarse o desaparecer, cuando en la competencia carecen de una fuerza comparable? Por eso creo que es de suma importancia que buena parte del capital que se dedique al desarrollo económico de América Latina desde afuera se encauce hacia el empresario latinoamericano para ponerlo en condiciones similares a las del empresario extranjero. Sólo así desaparecerá una tensión que existe, y no podríamos cerrar los ojos a su existencia. Más aún, debo decir que en mis conversaciones acerca de la zona de libre comercio y el mercado común en distintos países latinoamericanos encuentro persistentemente esa preocupación. ¿Es que al dilatarse el mercado, al hacerse más económica la producción y al conseguir una mayor eficiencia, no habrá una desmedida intervención del capital extranjero en desmedro de la iniciativa nacional? Digo con franqueza que tengo la misma preocupación, y no por razones de xenofobia, sino por las razones que acabo de exponer y que son muy profundas y muy serias. Por eso creo que es indispensable que estos ensayos que vamos a hacer en América Latina vayan acompañados de una vigorosa política de cooperación económica y técnica con el empresario nacional y en la formación de expertos nacionales. No siempre será fácil hacerlo, pero creo que hay que hacerlo y que hay que hacerlo decididamente en todos los ámbitos de la producción de los países latinoamericanos.

El problema ante las nuevas generaciones

Debo terminar esta disertación. Confieso que siendo - como me reconozco - un hombre sereno y objetivo, me está trabajando una preocupación, que es cada vez más inquietud, frente a esta efervescencia de América Latina, efervescencia que no se podrá contener con el mero incremento de gastos sociales - que en buena hora vengan -, sino con una transformación en profundidad de la vida social y económica. Creo que América Latina, sus hombres políticos y sus grupos dirigentes - y yo quisiera que los economistas trabajáramos más cerca de ellos -, tienen que captar determinadas corrientes que son muy perceptibles en las nuevas generaciones. Yo no he perdido ni quiero perder aún mi aptitud para dialogar con esas nuevas generaciones. Y debo decir que encuentro en ellas un hondo sentido de frustración, una indecisión, una falta de orientación muy grande acerca de lo que se podrá hacer en América Latina, una falta de fé en lo que se está haciendo.

Creo que, ahora que viene la cooperación que tanto hemos deseado, los grupos dirigentes, los políticos latinoamericanos, tienen una oportunidad - y acaso no muchas más - para encauzar esos impulsos vitales de las nuevas generaciones hacia el logro de claros propósitos constructivos para la colectividad. Hay que hacer prender nuevamente la fé en la validez dinámica del sistema de iniciativa privada en que cree la mayor parte de América Latina no sólo por el sistema en sí, sino porque ese sistema va unido a las libertades fundamentales que se han consagrado en la Carta de las Naciones Unidas, y por eso me siento yo autorizado en este momento para tocar este tema.

Repito que no creo que haya muchas oportunidades más. Se nos presenta ahora la de edificar algo nuevo y modificar profundamente las formas de producir y vivir en América Latina. Y si no lo hacemos, si no se responde con determinación, con firmeza y con clarividencia a esta exigencia imperiosa del momento, esas nuevas generaciones, con manos audaces, atrevidas y acaso irreverentes, destruirán, harán tabla rasa de un mundo que no hemos sabido transformar, y construirán otro que acaso no sea el que nosotros hubiéramos deseado para nosotros y para ellos.